

*Juan Ramón Jiménez y la Universidad de Puerto Rico**

JAIME BENÍTEZ **

A Julián Marías, compañero de trabajo, cuya ayuda fue inestimable en todo este esfuerzo. Su amigo y discípulo.

Llego a la tan querida Universidad tirado por el invisible hilo de acero del recuerdo. Vengo a revivir la presencia egregia de Juan Ramón Jiménez aquí; a intentar hacer más profunda la huella de su poesía y de su vida en la conciencia de ustedes, jóvenes estudiantes. Juan Ramón Jiménez es parte del espíritu viviente de esta Universidad.

¿Qué es el espíritu viviente de la Universidad? Es la energía creadora que ampara y nutre las múltiples tareas de la inteligencia. Es la forja de una atmósfera que aliente el entendimiento y la creación en todas sus expresiones, que estimule el ejercicio de la curiosidad intelectual, que nos lleve a amar el caro deleite de disfrutar y difundir el conocimiento. Es el impulso de la duda creadora frente a lo existente que nos lanza a la búsqueda de la verdad, de la justicia, de la honrada

* Conferencia dictada en el Teatro de la Universidad el 22 de abril de 1981, en ocasión de la Fiesta de la Lengua, y publicada en *Cuenta y Razón*, nº3, Verano 1981.

interpretación de la experiencia humana. Es el conjunto de actitudes generosas que propulsa la transmisión de los saberes y de los valores éticos, estéticos, de los principios filosóficos, científicos, técnicos, que contribuyen a la noble tarea de aprender a aprender, de aprender a enseñar, de aprender a servir, de aprender a ser.

Ese espíritu viviente de la Universidad ha palpitado en este recinto desde que se estableció hace ya cerca de ochenta años. Ha podido afianzarse en algunos períodos con más brío que en otros. En sus mejores momentos ha dilatado horizontes en la vida individual de los miembros de la comunidad universitaria y en la vida de Puerto Rico entero. Juan Ramón está vinculado a varios de ellos.

En el año 1926 se inicia una de las más vigorosas tradiciones universitarias. El rector Thomas E. Benner tiene la visión de incorporar a esta Universidad a la más amplia comunidad cultural a que pertenece Puerto Rico por su lengua y por su historia. Rompe el cerco del aislamiento del mundo español que había prevalecido hasta entonces y a la vez contrarresta la dependencia limitante de Teachers College de Columbia. Como comienzo de este nuevo enfoque institucional se funda el Departamento de Estudios Hispánicos en colaboración con miembros destacados del Centro de Estudios Históricos de Madrid y del Departamento de Español de la Universidad de Columbia. Se nombra a don Ramón Menéndez Pidal director honorario del nuevo Departamento, al igual que a don Tomás Navarro Tomás, ilustre filólogo. Se invita a don Federico de Onís, ya director de los Estudios Hispánicos en Columbia, a actuar como su primer director en Puerto Rico. El doctor Ramón Lavandero colabora con el rector Benner en esta gestión.

De 1926 a 1930, destacados intelectuales y profesores españoles sientan cátedra durante los veranos o durante el año escolar. Así, nos visitan por primera vez Amado Alonso, Américo Castro, Fernando de los Ríos, Ángel Valbuena Prat, Samuel de Gili Gaya. Estudiantes y jóvenes profesores puertorriqueños van a continuar estudios avanzados a España y también a la Universidad de Columbia con don Federico. Antonio S. Pedreira, Margot Arce, Concha Meléndez, Rubén del Rosario pertenecen a esa promoción.

Poco después estalla la gran tragedia de la guerra civil española.

La tragedia de España. En su ensayo *Juan Ramón Jiménez en América* nos dice María Teresa Balbín:

“El próximo jalón en este camino hacia una vinculación total y definitiva con América ocurrirá, en circunstancias dolorosas, el verano de 1936: guerra civil española, asesinato de García Lorca en Granada, exilio de miles de españoles desde esa fecha hasta 1939. Muerte de Unamuno en Salamanca abandonado y solo, muerte de Antonio Machado al partir para Francia al finalizar la contienda y el destierro de Juan Ramón Jiménez. El mundo antillano le ofrecerá a Juan Ramón el primer descanso en la peregrinación que se inicia entonces. Puerto Rico primeramente, desde donde habrá de salir a la vecina isla de Cuba y luego a la Florida”.

En La Habana, Juan Ramón va a tutelar la edición de la *Antología de verso y prosa* que habrá de usarse en nuestras escuelas públicas. De Florida pasa a Baltimore y se vincula a la Universidad de Maryland.

La década del treinta fue una época difícil para Puerto Rico y para su Universidad. No obstante, tuvimos el beneficio de la visita de Gabriela Mistral. Además se creó este teatro, se levantó la torre, se ampliaron instalaciones.

La reforma de 1942. En 1942, profesores, estudiantes y el nuevo liderato del país hicimos un esfuerzo conjunto por reavivar el desarrollo de la Universidad en todas sus dimensiones, por excluir el partidismo cerrado de su anterior Junta de Síndicos, por situarla académicamente al nivel de las exigencias de los centros más responsables de altos estudios y a la altura de las urgencias y las esperanzas de Puerto Rico y de sus juventudes.

Se formularon nuevos programas y nuevas estructuras llamadas a servir de la manera más eficaz posible no sólo el desarrollo de nuevas actitudes, profesiones y destrezas, sino la formación integral del estudiante. A esos fines, para iniciarse en el año académico de 1943-44 en este recinto de Río Piedras, se crearon las facultades de Estudios Generales, de Humanidades, de Ciencias Naturales, de Ciencias Sociales. Al mismo tiempo se abrieron de par en par las puertas de la Universidad a los jóvenes estudiantes de todos los grupos económicos: mediante un amplio sistema de becas se estableció un nuevo sistema de licencias sabáticas y de licencias con ayuda económica para profesores interesados en mejorar su preparación y se procedió a reclutar figuras excepcionales de fuera del país para fortalecer la tarea docente en todas las disciplinas.

Intelectualidad española en Puerto Rico. Para esa fecha, 1943, varios dirigentes universitarios fuimos a Estados Unidos en esa misión de reclutamiento. Visitamos a Juan Ramón en Washington. Estaba atribulado de ver su patria hundida en el deshonor de una posguerra más fratricida aún que la contienda bélica; de ver el gobierno impuesto por la fuerza en España aliarse con Hitler en la Segunda Guerra Mundial; en fin, de todo el panorama de la época. La melancolía del desterrado abatía su ánimo. No logramos convencerle. Menciono algunos de los profesores, escritores, artistas españoles en el exilio que tan eficazmente han colaborado con esta Universidad: Fernando de los Ríos, Pedro Salinas, Francisco Ayala, José Medina Echavarría, José Gallego Díaz, Manuel García Pelayo, Carlos y Juan Marichal, Cristóbal Ruiz, Luis Santullano, Vicente Lloréns, Rodríguez Bachiller, Eugenio Granell, Javier Malagón, María Zambrano, Vicente Herrero, Jorge Guillén, José Vela Zanetti, Esteban Vicente, Alfredo y Aurelio Matilla, Ángel del Río, Francisco García Lorca, Américo Castro, José Ferrater Mora y nuestro querido Sebastián González García, decano de Humanidades y de Estudios, maestro y amigo del joven profesor y ahora decano José Ramón de la Torre.

Hubo uno que nunca pisó nuestra tierra, pero cuyo pensamiento está vivo en esta Casa de Estudios. Me refiero a mi maestro José Ortega y Gasset. En su obra *Misión de la Universidad* se inspiró la reforma institucional iniciada en 1943.

Zenobia y Juan Ramón en la Universidad. Es en 1951, después de haber visitado la Argentina en 1949 y luego de una corta temporada entre nosotros en las Navidades de 1950, cuando decide regresar a Puerto Rico. Un psiquiatra español amigo suyo, el doctor Luis Ortega,

entonces profesor en John Hopkins y antes en nuestra Universidad, le recomienda el traslado. El poeta está muy quebrantado de salud. En carta que escribe a un periodista años después del regreso, dice Zenobia:

“Si usted habló con mi marido al llegar a esta su ‘isla de la simpatía’, seguramente se dio cuenta del deplorable estado de salud en que se hallaba. A Puerto Rico y a los grandes y buenos amigos de aquí —nacidos o residentes— estamos convencidos los dos debió su recuperación total y los años (son cinco, no tres, los que aquí llevamos) felices de trabajo en la Universidad, de cooperación con los alumnos, y la inmensa alegría que le proporcionaba oír, al poco tiempo de empezar a visitar las escuelas, a los niños llamándole por su nombre cuando lo veían pasar. ¡Cuántas veces me habrá dicho: ‘Da marcha atrás, ¡por favor!, me ha llamado un niño!’”.

El testimonio de Zenobia confirma lo que observamos entonces todos sus amigos. En el ambiente universitario y entre la gente de Puerto Rico encontró el poeta sosiego, estímulo y ánimo para continuar su trabajo gustoso.

“Hay en ustedes, puertorriqueños —nos decía Gabriela Mistral en 1948, en palabras dirigidas a la clase graduada entonces—, alguna recóndita cristiandad unitaria que en pocas partes el extranjero siente y que les ha librado de la xenofobia, lacra del mundo. Sólo les falta sacar a la luz esa esencia oscura y ponerse a vivirla en todo cuanto puede manar de ella. ¡Tesoros serán, maravillas de convivialidad!”.

Manaron de los niños de Puerto Rico, de los universitarios, del hombre de la calle hacia Juan Ramón Jiménez y Zenobia esas maravillas de convivialidad que captó en nosotros la gran poetisa chilena. Por esas maravillas de convivialidad Juan Ramón renombra a Puerto Rico la isla de la simpatía. Sale del aislamiento de su propio mundo íntimo, del cuarto forrado de corcho de otras épocas, al profesar cátedra sobre el modernismo en estas aulas. Continúa la revisión de su obra, dicta conferencias desde este mismo teatro; despierta y guía el gusto por la poesía de los alumnos. Dona su biblioteca y sus trabajos inéditos a la Universidad de Puerto Rico. El cariño amoroso con que Raquel Sárraga atiende y cuida la Sala Zenobia y Juan Ramón es símbolo de cómo la siembra del poeta florece entre nosotros. Dirige en colaboración con el poeta Luis Hernández Aquino los cuadernos *Cultura* y *Cultivo*.

Con Francisco Ayala ayudó en la publicación de la revista general *La Torre*, cuyo lema, tomado del *Fausto* de Goethe, vertió Juan Ramón al español:

“Nací para ver,
mi sino es mirar;
jurado a mi torre,
el mundo me gusta.

Lo lejano miro,
miro lo cercano,
la luna y la estrella,
la selva y el corzo”.

Colaboró en ella desde el primer número brindando para su publicación su conferencia “Poesía abierta y poesía cerrada” y su correspondencia con los principales poetas de su época.

En carta que escribe a la profesora y amiga Adriana Ramos Mimoso a España, y que ésta recoge en su hermoso trabajo publicado en *La Torre* “Juan Ramón y Zenobia”, dice Zenobia:

“Por lo que le digo, Juan Ramón está a las mil maravillas. Da dos seminarios, escribe y ordena y se entusiasma de tal modo con la vida universitaria que le ha pedido dos cosas al rector (que éste, con su habitual amabilidad, ha concedido en el acto). Que le dé dos páginas de ‘Universidad’ para trabajos de estudiantes y que le permita organizar una sala de reproducciones en el Museo... Ya debe de venir en camino el primer envío”.

En las festividades como las de esta semana aquí en la Fiesta de la Lengua de 1954 da Juan Ramón su conferencia “El romance, río de la lengua española”.

Refiere Adriana Ramos Mimoso:

“La actividad ocurría en el teatro de la Facultad de Estudios Generales (hoy Teatro Julia de Burgos). Los estudiantes, ansiosos de ver y oír al poeta, abarrotan el salón. Oyen con devoción y silencio perfecto. Zenobia, entre el público, *sotto voce* lo comenta. De pronto suena el timbre del cambio de clases. Muchos jóvenes deben abandonar la conferencia. Se esforzaban por no hacer ruido. Difícil lograrlo: al levantarse los estudiantes, automáticamente subían los asientos de las butacas y rechinaban. Juan Ramón detiene su lectura, espera unos minutos, llegan otros precipitadamente; con cautela se acomodan. El poeta observa. Se hace silencio y la conferencia continúa. Al terminar el poeta, aquella juventud lo premia con una ovación delirante. El ensayo, rico en contenido y de sencilla hermosura, los había arrobado. Por Juan Ramón tenían admiración”.

Y añade Adriana:

“El acontecimiento había originado turbación en mi espíritu... Regresaba con ellos para mi casa. Surgió el tema del anterior incidente, Juan Ramón, con naturalidad y tranquilizadora comprensión, me dijo: ‘Adriana, ellos querían oírme. Por eso vinieron. Estuvieron en la sala por una hora y no se marcharon voluntariamente. Ya es suficiente’.

De pronto oímos voces coreadas de chiquillos que se alineaban en la acera. Ya conocían a Juan Ramón. ‘¡Poeta, poeta! ¡Juan Ramón, Juan Ramón!’ Zenobia detiene el automóvil. Sólo Juan Ramón interesa a los niños. Con ellos dialoga, ‘¿Cómo te llamas? ¿Vas a la Escuela Modelo? ¿Lees cuentos? ¿Te gustan las poesías?’ Los niños contestaban a coro con orgullo”.

Con igual naturalidad descubre y guía la vocación poética de sus alumnos universitarios.

No es difícil imaginar lo que hubiera significado para la gran poetisa puertorriqueña, de vida y muerte trágica, Julia de Burgos, en sus años de estudiante de Normal en esta Universidad, si su vocación poética hubiera recibido el aliento y el estímulo de Juan Ramón, como tantos otros grandes poetas de hoy en el mundo hispánico.

Las experiencias de Juan Ramón con los médicos aquí fue otro ejemplo de las maravillas de la convivialidad. Por su temperamento aprensivo, por su preocupación obsesiva con la muerte, Juan Ramón necesitó a través de su vida recibir un trato especial de los médicos. Dependía de la cercanía y la supervisión continua de ellos para poder sentirse tranquilo y en condiciones de librarse del temor a la inminencia de la muerte.

El diagnóstico de que Zenobia padece una enfermedad mortal produce un desfallecimiento nervioso en el poeta. El doctor García Madrid incitó al matrimonio a vivir en su casa. Durante largo tiempo cuidó su precario estado emocional, logró su recuperación y sobrellevó las exigencias de su paciente. Igualmente los doctores Fernando Monserrate, Federico Hernández Morales, Manuel Espinosa, Larry Sánchez, Rodríguez Olleros respondieron siempre a su llamada con particular devoción. El doctor Batlle y su esposa, de quienes fueron inquilinos en Hato Rey, se convirtieron en sus amigos primero y en sus familiares más cercanos hasta el fin. El doctor Ramón Fernández Marina y su asistente la señora María Guzmán lo tutelaron en los momentos más difíciles de su vida en Puerto Rico y hasta su muerte.

Testimonios universitarios sobre Juan Ramón. “Sobre mi cuerpo muerto mi obra viva”, dice Juan Ramón. ¿En qué radica la perdurabilidad de su obra? Cito ahora a varios de sus compañeros en esta Universidad. Al referirse a la obra poética de Juan Ramón, expresa la profesora Margot Arce:

“Esta poesía llena todo un período de literatura hispánica y es la frontera entre dos mundos poéticos. Abre las rutas de la poesía actual, de la sensibilidad de nuestro tiempo. Tres generaciones de poetas han seguido esas rutas y pueden llamarse discípulos de Juan Ramón; aunque de este realísimo magisterio cada cual haya salido con su originalidad señora. Podría decirse que no hay poeta español ni hispanoamericano contemporáneo que no haya visto en Juan Ramón un maestro. Todos han escuchado su acendrada lección y han recibido su estímulo ferviente, severo, de una honradez total. Dondequiera que estuvo —aquí en Puerto Rico y en esta Universidad lo hemos visto—, incitó a los jóvenes, a los bien dotados, a la faena creadora, los guió con segura mano al encuentro de su propia voz.

De otra parte, la obra de Juan Ramón se desarrolla —vivificando el pasado— de una larga tradición poética cuyos representantes fueron Garcilaso, San Juan de la Cruz y, ya en el siglo XIX, Bécquer. De esa línea de delicado, ardiente y purísimo lirismo florece esta perfecta rosa de poesía. Su voz presente recoge los viejos ecos haciéndolos vivos, diferentes, constante y fresca primavera de un recio tronco ya varias veces centenario. Porque de todos los poetas españoles modernos, acaso sea Juan Ramón Jiménez el más radicalmente subjetivo, el que nos da un mundo poético elaborado con materiales de la intimidad más propia, honda y desnuda.

Diffícil, inefable poesía; luz clara, concentrado aroma; la vida esencial del espíritu se nos da en ella con la más absoluta pureza y libertad poéticas. Tanto, que con ser Juan Ramón Jiménez tan español, tan de su Andalucía melancólica, sensual y plena de gracia, su voz resuena en el ámbito universal, habla al hombre, tiene el acento de lo que permanece y posee validez perenne”.

Eugenio Fernández Méndez, gran amigo de Juan Ramón, habla así de la obra del poeta:

“Atento, al verso, al poema, a la página, pero atento también al conjunto de su obra, ‘mi Obra’, así, en mayúscula, como él quiere, nos da Juan Ramón el tipo más perfecto de poeta consciente que tiene la literatura española. El propósito de su incansable esfuerzo crítico es unir, mediante las correcciones sucesivas, la fluidez feliz de lo espontáneo, de ‘lo conseguido sin esfuerzo’. Su meta, como él mismo ha dicho, es ‘ordenar la sorpresa’. Por eso pide razonablemente a la inteligencia el nombre exacto de las cosas. Si los estados anímicos dinámicos nos dan la materia poética en magma, la sorpresa sin orden, la función de la autocrítica es reducirla a su forma final. Todas las correcciones sucesivas de la obra poética juanramoniana van enderezadas a un solo fin consciente: extraer de lo que se le da, dinámico y fugadero, lo que es permanente en poesía: ‘¡No le toques ya más, que así es la rosa!’”.

Dice otro de los insignes profesores de esta Universidad, Federico de Onís:

“Su obra lírica, su vida y el mundo exterior se identifican en él y son una misma cosa. Es un solitario que llega a encerrarse físicamente entre paredes de corcho y moralmente entre murallas de repugnancia y desdén; pero su soledad tiene sutiles contactos con la vida más rica de la realidad y del espíritu. A su manera, sin dejar de ser nunca quien es, sin concesión alguna a los demás, con implacable intransigencia para todo lo que no se acuerda con su gusto, es un perfecto caballero, un gozador de todas las cosas y hasta un hombre de acción. Pero su cortesía, su sensualidad, su curiosidad, su actividad, que le llevan como a un niño hacia las cosas, son de tal modo puras, despegadas y espirituales, tienen tanta necesidad sobrehumana de perfección, que se convierten en causa de insatisfacción y alejamiento. El resultado es la melancolía, la exaltación del mundo interior, la fiebre de creación.

La Obra —como el la llama, con letra mayúscula, como cosa propia y única— es entonces la única realidad, que contiene todas las realidades: el mundo vuelto a crear de nuevo por el aliento de Juan Ramón. Pero esta obra creadora, poética, divina, sólo le satisface como fuente de constante recreación de la obra y de sí mismo: se recrea en la recreación de su obra. De ahí la obsesión constante de sus años maduros por ordenarla, fecharla, rehacerla, seleccionarla y editarla, y de ahí también que nosotros tengamos que tomarla en su totalidad, como la más lograda unidad poética que haya existido, si queremos entenderla y gozarla en su calidad sobrehumana y sobrerreal.

No quiero decir que Juan Ramón Jiménez sea el mayor poeta que ha existido; creo que se cuenta entre los más grandes y dudo que haya quien le supere en pureza y en unidad. Es dudoso que haya una poesía de la que estén más ausentes las ideas y las realidades exteriores, y que sea toda, como la de los místicos, expresión en palabras de puras e inefables realidades interiores; y lo es también que haya habido una vocación poética tan tenaz, continua, exclusiva y lograda como la suya, una permanencia de identidad tal a través de tantas variaciones”.

Estas palabras de Nilita Vientós Gastón describen lo que significó Zenobia en la vida de Juan Ramón:

“Juan Ramón pudo vivir siempre en ese mundo (su mundo interior), poner su obstinada voluntad de creador al servicio de su exquisita sensibilidad, porque tuvo a su lado a una compañera ideal, Zenobia Camprubí. ‘Soy como un niño distraído que arrastran por la fiesta de la vida’, ha dicho el poeta, y fue Zenobia la que durante cuarenta años, por su devoción al hombre y su admiración al

artista, hace posible que de esta fiesta sólo llegue al poeta lo que necesita para apoyar y sustentar el mundo de su obra. La rosa de la poesía del gran poeta floreció a plenitud porque Zenobia, con su intuición, su devoción y su comprensión le proporcionó siempre el aire que para perdurar necesitaba. Los que conocemos a Juan Ramón no podemos pensar en él sin verla a su lado, animosa, comunicativa, alegre”.

Triunfo y tragedia del poeta. Mientras tanto, la Universidad de Maryland, en enero de 1956, propone a Juan Ramón para el Premio Nobel de Literatura de ese año. Solicita y obtiene el respaldo de otras instituciones, entre ellas la Universidad de Puerto Rico, pero es una iniciativa que allí promueve la profesora puertorriqueña Graciela Nemes. Plantea su solicitud en estos términos:

“Durante cincuenta años Juan Ramón Jiménez ha sido un incorruptible expositor y defensor de los más altos e idealistas principios literarios valerosa y desinteresadamente.

Recomendamos a Jiménez como candidato al Premio Nobel de Literatura por su libro *Platero y yo*, un libro cuya verdadera importancia empieza a apreciarse ahora. Hoy, cuarenta años después de publicado, puede considerarse el mejor poema en prosa jamás escrito en español. Críticos literarios de distintos países la consideran una obra clásica en sí”.

Durante ese año avanza despiadadamente la enfermedad de Zenobia. En octubre de 1956 es preciso recluirla en el Hospital Mimiya en estado de suma gravedad. Para esa fecha llega a Puerto Rico, insospechadamente, un periodista sueco interesado en entrevistar a Juan Ramón. La señal es clara, pero la Academia Sueca guarda tradicionalmente el más riguroso secreto sobre la fecha y la manera de anunciar los premios. El periodista percibe el drama humano que tiene ante su vista. Los amigos de Zenobia y Juan Ramón nos empeñamos en presentar el caso a la Academia: que no se vaya Zenobia de este mundo sin saber si en verdad recibe o no Juan Ramón el Premio Nobel de Literatura. Las horas cuentan. El periodista hace la consulta telefónica y recibe confirmación y autorización para que se le revele el secreto a Zenobia. Consuelo Saleva tiene la idea de que sea Zenobia quien se lo participe al poeta. Fue emocionante el momento en que nos retiramos y que el poeta entra a la habitación de la moribunda a escuchar de su débil voz la buena nueva.

Días más tarde, el 28 de octubre, muere aquella razón de ser y el existir de quien cuarenta años antes había escrito *Diario de un poeta recién casado*.

Recojo a continuación el discurso de presentación del Premio Nobel a Juan Ramón y la respuesta que tuve el honor de ofrecer en su nombre.

Otorgamiento del Premio Nobel. Palabras del académico y poeta sueco Hjalmar Gullber al hacer la presentación del Premio Nobel de Literatura de 1956:

“Majestades, Altezas Reales, Damas y Caballeros:

Allá lejos, en las que una vez fueron las perdidas posesiones de Puerto Rico, permanece, herido por un hondo dolor. No nos resulta dable ver su emaciado perfil con sus fuertes ojos hundidos y preguntarnos si está tomado directamente de una pintura de El Greco. Un

autorretrato menos formal nos hace su delicioso libro *Platero y yo*. En él, también de luto, con su barba de Cristo, aparece montado en su burro querido mientras los gitanillos cercanos gritan “Loco, Loco...” “Y efectivamente no es siempre fácil distinguir entre un loco y un poeta. Pero para los que entienden de eso la locura poética es una elevada sabiduría. Rafael Alberti, Jorge Guillén, Pedro Salinas y muchos que han escrito su nombre en la historia reciente de la poesía española han sido sus discípulos. Federico García Lorca también fue uno de ellos, al igual que los poetas hispanoamericanos, con Gabriela Mistral a la cabeza. Quiero citar las palabras de Gabriela a un periodista sueco al enterarse a quién corresponde este año el Premio Nobel de Literatura: ‘Juan Ramón Jiménez pertenece a ese pequeño núcleo de poetas de nacimiento. Ellos vienen al mundo, y un día, sencillamente, de igual manera que resplandece el sol, uno de ellos se nos descubre y ofrece casi en forma inconsciente sus raros dones. No sabemos el día en que nace; sólo sabemos que un día lo descubrimos, lo vemos, lo oímos y se nos descubre como puede descubrirse el florecer de una planta. A esto lo llamo un milagro’.

En los anales de los Premios Nobel de literatura hispánica ha sido uno de estos jardines distantes: no hemos disfrutado lo suficiente de cuanto posee. El ganador del premio de este año es el último superviviente de la famosa generación de 1898. Para generaciones más recientes de poetas en ambos lados del vasto mar que separa y que une a las tierras hispánicas, él ha sido un maestro, el maestro. Cuando la Academia Sueca honra a Juan Ramón Jiménez, honra a toda una época de la ilustre literatura de España”. (Traducido del inglés por el autor de este trabajo).